

Jorge Edwards,
ADIÓS, POETA,
Tusquets, Barcelona, 1990

El libro sorprende por su estructura relativamente inesperada. Se está, de una parte, ante unas memorias, o sea, ante una serie de evocaciones del pasado propio del autor. Este recuerda su vida juvenil y de madurez, sus estudios, los inicios de la actividad literaria, los primeros libros, los viajes, las amistades literarias. Es el cronista de sí mismo y de su ambiente. Es grato para quien, como el suscrito, por la edad y por las inclinaciones literarias se ha asomado a ese mundo y ha participado de él, verlo presente de manera viva y amena. No hay una mirada crítica ni —menos— irónica del pasado. Casi al contrario, hay cierta melancolía verdadera, con fundamento en lo feliz que fue esa década del 40, de finales de colegio, de Universidad nada absorbente, de conversaciones bien regadas hasta las quien sabe cuántas de la noche. Todo ello y bastante más en esta línea de evocaciones personales está bien y podía esperarse.

Lo que sorprende es que, avanzadas las memorias, el centro de gravedad se desplaza del cronista al poeta del cual aquel se despide y del cual —antes— fue su compañero de ruta por varios años. El protagonista ya no es el yo narrador sino el amigo admirado, el vate célebre, el Neruda laureado tantas veces. Pero el cronista se mantiene, todo sigue siendo relato relativamente externo, respetuoso de la cronología y de la objetividad de los hechos. Todo se cuenta de cerca, con cariño y —mejor— con una dosis enorme de comprensión de lo ocurrido.

El enlace de la experiencia vivida por Jorge Edwards en Cuba con el distanciamiento progresivo de Neruda de Fidel Castro y su revolución, es un gozne muy bien manejado para pasar del mundo de las personas al mundo de la política y de la ideología. Los dos escritores chilenos viven en la desilusión, pero a Neruda —ya mayor y hombre de tantos compromisos con su partido— le cuesta aceptar una realidad que contradice aquello en que ha creído firmemente por toda una vida.

Más todavía le cuesta asumir los problemas del estalinismo. Es como si quisiera convencerse o como si esperara un cambio que no ve por ninguna parte. Ello y la enfermedad que avanza implacablemente tiñen de angustia los últimos años del poeta. El premio Nobel no alcanza a compensar tanto deterioro. Matilde lo acompaña y lo acompaña la poesía. Serán hasta el final sus grandes compañeros.

El lector se encuentra ante un Neruda humano, por momentos muy débil, siempre definido. El pedestal de la fama se mantiene, pero Edwards sabe asomarse al hombre de carne y hueso, yendo más allá de los elogios y de las diatribas suscitadas por la estatua. Hay páginas espléndidas, por ejemplo las que nos hablan del Neruda coleccionista, ávido de novedades, dispuesto a dar su tiempo y su dinero por la pieza que con ojo avizor logró descubrir en la tienda o en el catálogo.

En fin, un libro bien hecho, amenísimo, que instruye y hace pensar, que evoca una etapa de la literatura chilena, la cual es mostrada a través de las vicisitudes de uno de sus más altos representantes contra el telón de fondo de la gran poesía contemporánea.

Hugo Montes Brunet
Universidad de Chile